

## “NO ME GUSTA SER OTRO”

### LO EXTRAÑO INQUIETANTE EN EL NIÑO\*

**Paul Denis\***

Es raro que se haga referencia en psicoanálisis de niños al sentimiento de lo extraño inquietante, de *Unheimlich*. Como lo indica Freud, el estudio de ese sentimiento es difícil ya que “la sensibilidad a ese tipo de sentimiento existe en grados extremadamente diversos en los diferentes individuos”, y esta última aseveración es doblemente verdadera en el niño: la sensibilidad de los niños a este sentimiento es muy diversa en cada caso, pero la dificultad aumenta debido a que los adultos que se ocupan de ellos no parecen preocuparse de encontrar en la relación que mantienen con esos niños dicho sentimiento, mal definido. Cuando los niños hablan espontáneamente de sensaciones de este orden, dicen generalmente que se sienten “raros”, y es necesario amoldarse a esa vivencia para ponerla de manifiesto y permitir al niño hablar más de ella. Cuando se considera el caso de ciertos niños teniendo en cuenta la existencia de este afecto de *Unheimlich* y el hecho de que éste puede surgir en ellos, se percibe que numerosos estados de miedo o de malestar serían mejor descriptos con el concepto de extrañeza inquietante. Como lo indica Freud, dichos sentimientos de extrañeza pueden tener relación con la realidad exterior o con “una parte de nuestro propio yo”; en este caso, lo convenido es hablar de “despersonalización”: “los sentimientos de extrañeza inquietante y de despersonalización forman parte de la misma categoría”, dice Freud.

Existe un contraste notable entre el vacío que hay en la literatura psicoanalítica cuando se trata de niños y la abundancia de temas inquietantes y extraños presentes en la literatura destinada a la infancia. En la mayoría de los cuentos relatados a los niños se suscita el afecto de “extrañeza inquietante”. Extraña e inquietante abuela de Caperucita Roja, hospedaje inquietante y extraño la casa del ogro en donde Pulgarcito se refugia, mujer extraña e inquietante la madrastra de Blanca Nieves... En cuanto a las historietas y películas para niños, en ellas se desarrollan hasta el hartazgo las imágenes extrañas, no familiares.

---

\* Publicado en: De l'âge bête : La période de latence, 2011: Presses Universitaires de France, pp. 1-15.

\* [paul.denis5@wanadoo.fr](mailto:paul.denis5@wanadoo.fr) / ver [CV](#)

Es extraño o inquietante constatar esta pobreza en la literatura psicoanalítica teniendo en cuenta que esta disposición afectiva, cuando aparece por primera vez en la obra de Freud, se refiere a un niño. El hombre de las ratas tiene seis años, "sufre ya de erecciones", y cuenta: "Había personas, algunas buenas que me gustaban mucho y que deseaba violentamente ver desnudas. Sin embargo tenía, cuando experimentaba esos deseos, un sentimiento de extrañeza inquietante, como si hubiera debido ocurrir algo si yo pensaba eso y como si hubiera debido hacer todo lo posible por impedirlo". Lo que hubiera podido ocurrirle a este niño era la muerte de su padre.

A pesar de la introducción del concepto, los psicoanalistas han hablado de angustia, de ansiedad, pero no tuvieron en cuenta lo que este afecto podía tener de específico. Es posible que la relación frecuente de este afecto con manifestaciones fóbicas haya provocado el descuido de lo que en ellas hay de original en comparación con el miedo y la angustia.

Por otro lado, lo extraño inquietante que implica directamente al yo, la despersonalización, se deja aprehender mejor en el adulto o el adolescente; nos repugna emplear el término de despersonalización en el niño, ya que se trata de una persona en construcción, en "personación", para retomar el término de P. C. Racamier, y debe constatar que se habla más fácilmente de desorganización o de regresión. Otro elemento que frena sin duda el empleo del término, y por consecuencia el estudio del fenómeno, es el uso que se hace del mismo en la clínica psiquiátrica del adulto, en donde se lo emplea frecuentemente como característico de los cuadros psicóticos. Si bien es cierto que estados profundos y prolongados se observan a lo largo de síndromes psicóticos, momentos de despersonalización son observables en las estructuras neuróticas más corrientes y prácticamente en el curso de toda cura psicoanalítica, pero el silencio de los autores no impide la existencia de estos sentimientos de extrañeza inquietante en los niños.

Escuchemos a Christophe: tiene diez años y problemas con una madre y una maestra igualmente exigentes; la madre ha sufrido de anorexia en otra época y gasta una energía considerable en obtener diplomas; su hijo se siente responsable de la fatiga materna y encuentra en los deportes, en los que es muy exitoso, un campo de acción liberado de la influencia directa de la madre: "Desde que llego al estadio todo cambia". Este sentimiento de cambio es peculiar, ya que comporta un sentimiento de auto observación y de modificación del mundo exterior: "Me veo como en la tele, me sucede cuando estoy contento o cuando estoy cansado, es lo mismo, salvo que cuando estoy cansado es triste, alrededor mío es como si fuera en la tele". Los momentos de fatiga de los que se queja suceden a los esfuerzos intensos que se impone para obtener buenas

notas, y aparecen en el momento en que se da cuenta de que dichos esfuerzos son infructuosos y que tendrá una mala nota, se siente invadido por el cansancio y siente la impresión de cambio alrededor suyo. Se puede hablar legítimamente de despersonalización, y de extrañeza inquietante. Este sentimiento aparece aquí en dos registros diferentes, uno de éxito y el otro de fracaso. Esta doble posibilidad de aparición nos parece fundamental.

Talek tiene nueve años y en el curso de la segunda sesión de su psicoterapia habla de sí mismo en términos que implican una vivencia de despersonalización. En la primera sesión evocó una operación quirúrgica que sufrió; comienza su segunda sesión diciendo: "Usted parece no saber ponerse nervioso, tiene una apariencia tranquila. No es lo mismo con mi hermano mayor. No es que no ame a mi hermano, pero con alguien calmo siento que mi corazón, que mi vientre, se distienden". Luego de formular algunas preguntas sobre mí, me interroga: "¿Cuál ha sido el día más lindo de su vida?", y luego de intervenir devolviendo su pregunta dice: "Tendré tal vez algún día el día más feliz de mi vida, pero por ahora el día más feliz de mi vida es el día de mi nacimiento", y explica el motivo: "Porque ese día fui yo, amo ser yo, no me gusta ser otro". Me cuenta que cuando le va mal en sus estudios y tiene malas notas siente que es otro: "No me siento yo, me siento desesperado, me siento un burro, me siento como otro burro como yo". Algunas sesiones más tarde surgió un material evocador nuevamente de una vivencia de extrañeza inquietante: "Una pelota de fútbol es dura, ¿cómo puede ser que el pie no se rompa cuando le pega? Vi un esqueleto, los huesos del pie no se mantienen bien juntos, no tengo prisa por ver mi esqueleto". El sentimiento de lo no-familiar toca aquí el cuerpo mismo del niño; pueden observarse algunas veces estados en los que la vivencia inquietante implicando el cuerpo adquiere proporciones considerables, como en un niño de diez años psicótico, internado en una institución, que luego de una vacuna antivariólica que no tuvo más consecuencias que una ligera pústula, se encontró sumergido en un estado de inquietud incoercible, persuadido de que se iba a morir, un estado que evocaba ciertos accesos de despersonalización que se observan en los psicóticos adultos.

Otro aspecto de lo extraño inquietante puede verse en ciertos niños cuando enfrentan el lenguaje escrito o las matemáticas.

Gaspard, que terminó (*échouer*) en un instituto médico-pedagógico luego de haber fracasado en el aprendizaje de la lectura y después de varios años de curso preparatorio, mira las letras de un tablero oftalmológico colgado en la pared y comenta:

“En *Daniel et Valérie*<sup>1</sup> sé leer, pero esas letras no sé leerlas”. Se acerca al tablero, de manera vivaz y al mismo tiempo furtiva, como si quisiera sorprender esas letras enigmáticas, y ante su fracaso concluye: “Esas letras son demasiado difíciles”. Son, en todo caso, extranjeras a su sistema, y desprovistas de toda familiaridad, y el comportamiento del niño deja una impresión insólita que permite suponer que es desencadenada en el observador por la percepción en el niño de un sentimiento de extrañeza inquietante. Otro niño es buen lector, pero no le gusta el cálculo y se aflige y llora ante el texto de su problema, que comienza con una palabra insólita, traidora, incomprensible, y que él lee “gazule”: se trata de “calcule”. Este niño, después de haber bautizado una tortuga con el nombre de “gazule”, interrumpió todo comercio con las matemáticas y hoy enseña letras.

Hay otros ejemplos encontrados por el adulto en análisis, como el del hombre de las ratas, o que han sido transpuestos en una creación literaria.

Citamos el ejemplo traído por una mujer joven que reencuentra en análisis un sentimiento que vivió cuando tenía ocho años: “Me parecía que estaba en otro planeta, y que todo alrededor mío estaba previsto para hacerme creer que era una terrícola”. Esta impresión databa de una época posterior al divorcio de los padres y durante la cual se sentía constantemente extranjera; se aferraba mucho a la idea de que “todo estaba previsto” alrededor de ella, y se tranquilizaba pensando que entonces nada malo podía ocurrirle.

En *Las olas*, Virginia Woolf nos muestra a un niño, Neville, que trata de reencontrar una impresión de extrañeza inquietante que vivió el día anterior. Vuelve a pararse sobre el mismo peldaño que aquel en el que, cuando posaba su pie, escuchó a “la cocinera remover las placas del horno hablando de un hombre muerto”, describiéndolo con la garganta abierta en un arroyo. La autora describe así el momento extraño e inquietante vivido por Neville en ese momento: “Las hojas del manzano se inmovilizaron contra el cielo; la luna miraba con su ojo fijo; mi pie, a pesar mío, permanecía posado sobre el peldaño. La sangre de este hombre borboteaba en el arroyo. Su mejilla estaba blanca como un trozo de merluza”. ‘La muerte bajo el manzano’ es el nombre que esta contracción, esta rigidez, conservarán siempre para mí. Había nubes que flotaban, de color gris pálido, y el árbol despiadado, implacable con su corteza de plata repujada. Mi vida palpitaba en vano... no podía pasar a otra cosa. Había un obstáculo. Me dije: ‘no puedo sobrepasar este obstáculo incomprensible’. Y los otros permanecían indiferentes. Pero todos estamos abrumados mientras tanto por la maldición de los manzanos, por el árbol despiadado que no podremos sobrepasar”.

---

<sup>1</sup> Serie de literatura infantil.

“A la cosa nueva, no familiar, le hace falta algo más para darle el carácter de lo extraño inquietante”, nos dice Freud. Todo lo que éste dice en el artículo que consagra a “lo extraño inquietante” sobre las condiciones de sobrevenida de este afecto implica el retorno de un contenido reprimido, “reanimado por un contenido exterior”. Sin embargo el retorno de lo reprimido en la neurosis obsesiva, por ejemplo, se acompaña generalmente de angustia y sólo en ciertos momentos de un sentimiento de extrañeza inquietante. Debe suponerse, entonces, un estado particular del yo para que sobrevenga este afecto. Freud, por ejemplo, indica que “lo extraño inquietante aparece fácilmente cada vez que los límites entre imaginación y realidad se borran”, lo que no puede producirse a menos que el yo se encuentre en un estado tal que los procesos secundarios fallen. Si resumimos, dos elementos son indispensables para la aparición de lo extraño inquietante:

- Que un contenido reprimido sea reanimado por un elemento exterior.
- Que el “yo” se encuentre en un estado tal que no sea la angustia lo que se manifiesta.

Si nos referimos a *Inhibición, síntoma y angustia*, la angustia “está en relación con la espera”, es “angustia de algo” y corresponde entonces a un cierto estado de organización del yo en relación con una moción pulsional ligada a una representación. La angustia anticipa la situación presumida como angustiante. En revancha, la extrañeza inquietante surge de manera inesperada. La representación reprimida sorprende al yo que no la ha previsto ni presentido y se encuentra como desarmado; puede, en un segundo tiempo, sentir angustia después de un momento vivido como insólito, extraño, inquietante –el calificativo “inquietante” indica la proximidad secundaria de la angustia–.

¿Cuáles son las condiciones que permiten que el yo se encuentre de esta manera sorprendido, desarmado?

Puede suceder en el curso de situaciones traumáticas, donde las posibilidades elaboradoras del yo se encuentren bruscamente desbordadas en el transcurso de reorganizaciones económicas impuestas por la pérdida de un objeto muy investido. Sólo un ser falta y todo aparece extrañamente desierto, o cuando, como lo describe Maurice Bouvet en su trabajo sobre la despersonalización, el sujeto vive un “acercarse” posibilitado precisamente por “el debilitamiento de las defensas neuróticas por el análisis, o la explosión, la pulverización de las adaptaciones muy precarias de los sujetos que sufren una neurosis de despersonalización”. Sin embargo, hay momentos de extrañeza inquietante que surgen en sujetos que disponen de todos sus recursos

neuróticos, de los cuales no puede decirse que sufren de una "neurosis de despersonalización", y en el curso de situaciones aparentemente anodinas. Es uno de los ejemplos que Freud aporta en "Un trastorno de la memoria en la Acrópolis", el sentimiento de extrañeza que describe ("lo que veo allí no es real") lo liga directamente al surgimiento del sentimiento de haber sobrepasado a su padre: "Ese día, sobre la Acrópolis, podría haber dicho a mi hermano: 'Recuerda nuestra juventud... y ahora estamos en Atenas, henos aquí sobre la Acrópolis, cuánto camino recorrido...'. 'Nuestro padre era negociante, Atenas no significaba demasiado para él'". Hay entonces en el ejemplo de Freud un movimiento psíquico que pone en juego un registro identificatorio esencial. Ocurre lo mismo en otro ejemplo personal que Freud nos relata: no se reconoce en "el hombre de una cierta edad, en *robe de chambre* y gorro de viaje", que no es otro que su reflejo en el espejo de la puerta del compartimiento. Maurice Bouvet escribe: "La despersonalización, la he encontrado regularmente en cada ocasión en que se planteaba el problema de la introyección en todas sus formas en los sujetos regresivos..." (el autor citado evoca las formas mayores de despersonalización). Para este último, en efecto, la despersonalización está ligada a lo que él llama "el conflicto de introyección", "para decirlo de otra manera, el conflicto entre la necesidad de identificación y el miedo que la misma despierta", este miedo a su vez ligado a las proyecciones agresivas sobre el objeto de identificación. Para Évelyne Kestemberg existe igualmente "una correlación constante entre los trastornos del sentimiento de identidad y las dificultades de identificación ligadas al conflicto edípico". De esta forma, cuando existen en el sujeto movimientos en el registro identificatorio, ese sujeto es más proclive a manifestar sentimientos de extrañeza inquietante. Dichos sentimientos pueden ir desde una sensación de asombro, tal como la que describe Freud sobre la Acrópolis, hasta estados de despersonalización muy marcados. Cuando es sobrepasado, el *Unheimlich* da lugar a un sentimiento jubilatorio y "uno se siente como un héroe que ha realizado proezas increíbles", como dice Freud a propósito de la satisfacción experimentada frente a la realización de sueños que durante largo tiempo son considerados como irrealizables. Es necesario, entonces, considerar que el niño está particularmente expuesto a los sentimientos de extrañeza inquietante: los mecanismos que van a constituir su "Yo" están en curso de enriquecimiento, los procesos identificatorios son muy activos, con los "conflictos de identificación" que éstos implican, el pensamiento mágico está muy cercano, los procesos de represión en constante cambio y reorganización. Hemos llegado a pensar que el niño manifiesta muy frecuentemente ese sentimiento de lo insólito inquietante y que es sin duda la familiaridad misma del niño con este afecto, que carece de expresión (a diferencia de la angustia, manifestada con mayor claridad) que ha desestimado su estudio. La llamada angustia del octavo mes es seguramente y sobre todo una extrañeza inquietante más

que una angustia; el "estado del espejo" de J. Lacan es válido considerarlo a partir del *Unheimlich*, la jubilación que experimenta el niño que reconoce su propia imagen correspondería a la superación del sentimiento de extrañeza. En ciertos niños, las inquietudes corporales, las percepciones particulares de su cuerpo que los llevan a veces a efectuar movimientos incoordinados y gesticulaciones pueden sin duda ser relacionados con impresiones de despersonalización. El vínculo con una problemática identificatoria puede ser el que ha encontrado H. Searles en algunos pacientes adultos: "El sentimiento de tener la cabeza groseramente deformada e incompleta, de la manera en que lo experimentan ciertos pacientes, se explica en parte por los sentimientos reprimidos en relación con la estupidez de uno de los padres; de la misma manera, el sentimiento de que la región genital u otras partes del cuerpo sean deformes o incompletas que experimentan otros pacientes tiene como origen principalmente un desprecio reprimido por los pechos de la madre". El interés por los payasos, las figuras grotescas o extrañas, las caricaturas, podría vincularse a ese tipo de sentimientos. En efecto, si la identificación exitosa a uno de los padres suficientemente bueno va más allá que el proyecto inicial, puede, como en el caso de Freud, dar lugar a una impresión de extrañeza inquietante, es frecuentemente en los movimientos identificatorios a padres difíciles, en momentos de desilusión, que dichos afectos insólitos, inquietantes, pueden aparecer. Searles, en dichos casos, escribe por ejemplo que el niño, "en su esfuerzo por sostener la figura adorada y admirada que le es necesaria en la realidad exterior, introyecta las carencias de la madre y las siente como elementos que forman parte más de él mismo que de ella (...). Este proceso de introyección, que comienza de manera más temprana aun que la formación de su imagen corporal, es uno de los factores responsables de la imagen corporal incompleta del esquizofrénico adulto". Esta proposición de Searles se corresponde en cierta medida con la de Maurice Bouvet expresada en términos más generales, según la cual en el origen de los estados de despersonalización graves se encontraría "una herida narcisística latente recibida a la edad de la diferenciación del yo y del no-yo, lo que explica la incapacidad del sujeto a vivir habitualmente sin objeto narcisístico" (es decir, un objeto de cuya posesión incondicional y absoluta depende el mantenimiento de la estructuración del yo).

En un registro muy diferente, una de mis pacientes recuerda el sentimiento extraño que experimentó un día frente a la mirada de su padre. Éste volvía luego de una ausencia de varios meses durante la cual la niña había tenido su primera menstruación y había visto desarrollarse sus pechos y sus caderas. La mirada del padre, su expresión, implicaban un cambio en sus intercambios, en sus identidades respectivas.

Tocado por el afecto, el yo reacciona. Una angustia puede desarrollarse en relación con una situación insólita, y si ésta es intensa puede organizarse una fobia. Sin

embargo, en ciertos casos parece que los niños tratan este afecto como tal con diferentes procedimientos que varían según la intensidad del mismo. En primer lugar, es necesario darse cuenta de que los niños juegan con este afecto. Pequeños, le solicitan al padre que ponga cara de enojo, que haga mímicas inhabituales con la condición de que el padre interrumpa el juego al primer pedido. Todos los juegos con muecas implican la idea de transformar lo familiar en no-familiar para ligarlas, y hacen entonces referencia a lo extraño inquietante. Es así que los payasos son extraños y, como lo ha notado Michel Soulé, producen inquietud en los niños pequeños y no provocan risa salvo cuando se ha instaurado el período de latencia y un cierto control de los afectos. Los cuentos y las historias pueden ser una manera de jugar con el *Unheimlich*. "Lo extraño inquietante surge frecuentemente y fácilmente en cada ocasión en que los límites entre imaginación y realidad se borran", como ya lo hemos dicho. En los cuentos destinados a los niños, estos límites desaparecen, y si Freud dice explícitamente que "no sabría citar un solo cuento de hadas en el que no ocurra algo extrañamente inquietante", podemos pensar que se coloca en la posición y el punto de vista del lector adulto, hasta tal punto la mímica de los niños a quienes se les lee un texto de los hermanos Grimm o de Andersen implica afectos y reacciones a lo insólito. Lo que aparece en el artículo de Freud es que cada edad (y cada lector) dispone de una literatura que puede someterlo a lo extraño inquietante. Hemos visto al niño descrito por Virginia Woolf tratando de reencontrar el afecto inquietante experimentado el día anterior. El niño busca en los cuentos y en los juegos despertar el afecto para asegurar el control del mismo. A lo largo del relato, los afectos de extrañeza inquietante experimentados por el niño son transpuestos y contenidos en un conjunto simbólico aislado de la realidad exterior y designado como una historia. Es interesante constatar que, en los cuentos, lo extraño inquietante aparece en el momento en que el héroe cambia de registro, accede a un nuevo umbral identificador, cuando un elemento del conocimiento, un progreso, un acceso al mundo de los adultos aparece en términos diferentes, cuando vive una iniciación. Caperucita Roja debe ir sola al bosque, "como si fuera mayor"; Pulgarcito ha sorprendido un secreto que los padres intercambiaban, el secreto de la escena primitiva –¿cómo se hacen los niños?–, reemplazado por su contrario en el contenido manifiesto del cuento: ¿cómo desembarazarse de ellos? Cenicienta, alias *Cucendron*, deja la grisura y la analidad del período de latencia para reemplazarlos por el baile y la genitalidad: ratones, lagartijas, zapallo sufren extrañas transformaciones; es porque se ha transformado en mujer que la esposa de Barba Azul posee la llave de un lugar sangriento: extraño e inquietante esposo. Encontramos entonces en los cuentos esta solicitud del movimiento identificador que rompe el equilibrio anterior y desencadena el afecto.



En ciertos sujetos, el ensueño juega ese papel de control de lo extraño inquietante. La paciente que evocábamos más arriba, que pensaba ser de otro planeta, se contaba historias en las cuales se encontraba perdida y recomenzaba una nueva vida; dichas historias tomaban frecuentemente una forma fantástica y, siendo ya adulta, es una incansable lectora de ciencia ficción.

La edad de los niños que me han brindado material clínico se sitúa en el período de latencia, los afectos de extrañeza inquietante se sobrepasan relativamente bien en la medida en que el niño se desarrolla de manera armoniosa. Salvo en el caso de traumatismos o seducciones, el escalón que representa la latencia pone al niño relativamente al abrigo de momentos de despersonalización marcada como los de la adolescencia. En revancha, la instalación en la latencia, es decir, en el plano del funcionamiento mental, el abandono del proyecto edípico y el conjunto de reinvestiduras en relación con los nuevos roles propuestos por los adultos al niño, comportan todo tipo de facilidades para la vivencia de lo extraño inquietante, y numerosas reacciones ante nuevas tareas, ante el aprendizaje escolar, debieran ser abordadas teniendo en cuenta este afecto particular.

El abandono del proyecto edípico implica una considerable reacomodación de las investiduras, tanto en lo que respecta a los objetos parentales en su realidad exterior como en relación con la investidura de sus imagos interiorizadas. Las investiduras narcisísticas se reacomodan completamente, y el papel de los procesos identificatorios en relación con los padres es fundamental. La vulnerabilidad de los niños en este período en relación con las desilusiones, las decepciones, los traumatismos, que vienen de los padres, está ligada a este reacomodamiento.

En este período y en el curso de la latencia, los juegos de rol, los disfraces, el "como si" del juego son maneras de controlar, de suscitar el afecto y sobrepasarlo. Jugar al doctor es una manera, ciertamente, de satisfacer la curiosidad pero tal vez, más aun, un medio de lograr el control de esta extrañeza inquietante desencadenada, nos dice Freud, a la vista de los órganos sexuales femeninos. Cuando los sentimientos de *Unheimlich* son demasiado intensos, demasiado penosos, e implican identificaciones cargadas de proyecciones intolerables, el niño puede buscar evitar toda situación que comporte el riesgo de surgimiento de este afecto. Se trata de niños que aborrecen jugar a juegos de rol, temen la novedad, limitan sus intereses, muestran una actitud de hastío, no quieren asombrarse con nada. Esta última actitud es evidente sobre todo en el adolescente y puede encontrarse ulteriormente en los adultos que profieren que cuanto más se cambia, más se es la misma cosa. René Diatkine evoca de buen grado las teorías psicoanalíticas cerradas que permiten a sus sostenedores no asombrarse jamás. El

asombro verdadero, el reconocimiento de la novedad implican como mínimo la sombra del *Unheimlich*: debe identificarse lo nuevo, es decir cambiar algo en sí mismo, en su punto de vista. Si el punto de vista está erigido en creencia, en muralla narcisística contra toda reorganización interior, lo nuevo será rechazado en tanto nuevo y reinstalado por todos los medios al sistema precedente. Otra manera de protegerse contra el asombro del descubrimiento es buscar asombrar fuera de toda referencia a la realidad, buscar suscitar este afecto en el otro. Estos sujetos, como los metafísicos de J. L. Borges, "no buscan jamás la verdad, ni siquiera lo probable, buscan el asombro".

En las personalidades "como si" de Helene Deutsch, es una forma de lucha de este orden contra la despersonalización que entra en juego, en el niño los comportamientos mitómanos pueden responder a una lucha contra sentimientos de extrañeza inquietante, cuando ninguna solución identificatoria es posible. En el registro del acto, hemos observado niños que corrían riesgos considerables, trepaban de manera vertiginosa sobre cornisas o canaletas, pasaban "jornadas enteras trepados a los árboles", y que, en el curso de las entrevistas, mostraban un sentimiento de malestar en la manera en que vivenciaban la realidad exterior a su propio cuerpo, sus identificaciones extremadamente borrosas; encontraban una salida a este malestar a través de una identificación brutal al rol del que inquieta o produce terror. Ciertas conductas delictivas graves e incomprensibles en el niño corresponden a un estado de inorganización, a una ausencia de identificación coherente, estado de apersonalización más que de despersonalización, o más exactamente de apersonalización-despersonalización, algunos elementos identificatorios constituyendo un tejido frágil que se desgarrar al menor contratiempo.

Los problemas clínicos y teóricos que pueden ser considerados con relación al afecto de *Unheimlich* en el niño son entonces numerosos y no hemos hecho más que esbozar algunos de ellos. Lo extraño inquietante en el niño existe, los niños lo experimentan y el hombre de las ratas guardaba un recuerdo particular, ya que se lo expuso a Freud. Como está ligado a las vicisitudes de los procesos identificatorios, lo pensamos como un afecto inevitable e inherente al desarrollo mismo del niño. Cada nueva adquisición implica cierta sorpresa del Yo y la ruptura de un equilibrio adquirido; esta ruptura es percibida bajo la forma de un afecto de extrañeza inquietante. Esto puede ir desde el asombro hasta la despersonalización; las reacciones del "Yo" frente a la sorpresa del *Unheimlich* pueden ir desde el placer del descubrimiento, desde el placer del funcionamiento del Yo que descubre y se extiende hasta la angustia desorganizante que acompaña una vivencia de despersonalización intensa. Toda nueva investidura comprende una parte de repetición, pero toda nueva investidura asombra y transforma. "Me doy bien cuenta", decía Marot, "que el amor es de naturaleza extraña".